

EL PRINCIPIO DE SI CONTRADICCIÓN

El pasado miércoles estuve asomado a un barranco que era la cara de una mujer muy joven, muy hermosa y pavorosamente inteligente. Nos instalamos uno enfrente del otro dejando una mesa redonda, demasiado grande, entre nuestros procelosos sistemas hormonales. La conversación arrancó con una puesta al día acerca de nuestras respectivas peripecias existenciales y derivó en un debate sobre el amor. ¡Ay! Ella me dijo que tenía novio, que no sabía si estaba enamorada de él, pero que se ahoga si lo perdía, que le aterraba la perspectiva de pasar la vida con su hombre y también la de no hacerlo, que se apuntaba a una ética de pareja que excluyera la infidelidad pero que le producía claustrofobia epidérmica asumir que le estaba prohibido salirse de la bidimensional cuadrícula de la monogamia.

“Soy muy contradictoria y sufro mucho siéndolo”, me dijo aquella mujer con los ojos encendidos y apagados, con la boca sensual y marcial, con su cosmopolitismo y su provincialismo, con la mente gigante y enana, deseosa de escapar conmigo a La India y de estar con su amado, siempre, y comerle a besos.

Entonces se me ocurrió visitar a Aristóteles, uno de los grandes profetas del principio de no-contradicción: el pilar básico de la Lógica, y por tanto de la Matemática, y por tanto de la Ciencia.

Lo encontramos en su estudio, clasificando un reptil que le habían traído de Tracia por orden de Alejandro Magno. El conquistador debía poner el Universo bajo su espada y el filósofo en el formol de su Lógica. Fui directamente al grano:

- ¿Puede dar la absolución a mi amiga? Sufre mucho por ser contradictoria.

- Si es contradictoria, lo será también mientras sufre y, por tanto, gozará mucho por serlo.-Dijo el Aristóteles mientras volteaba el cuerpo del reptil.

Mi amiga y yo nos despedimos con un abrazo muy intenso. La última vez que hablé con ella estaba con su novio en Sierra Nevada, feliz, e infeliz.